

LA VENTANA

Yakatza

Image not found.

Capítulo 1

LA VENTANA.

Laura despertaba cada mañana gracias a los rayos del sol, que se colaban entre las cortinas de la ventana. Solía escuchar el canto de los pájaros. Esa mañana, un gorrión atrevido se posó en el alféizar aunque sólo fue por un momento, ya que la niña no reparó en él al abrir la ventana y le asustó. Al encontrar allí al pajarillo a la niña se encantó pero, al darse cuenta de la rápida huida del pajarillo se lamentó; creyó que no volvería.

Aquella noche, mientras conciliaba el sueño Laura recordó lo ocurrido por la mañana. Se prometió a sí misma que al día siguiente se acercaría sigilosamente y con muchísimo cuidado, por si tenía la fortuna de que volviera y para no asustarle. Y así lo hizo; para su sorpresa el gorrión volvió. A partir de entonces para Laura comenzó un ritual sagrado en el despertar del día, saludar a su nuevo amigo y que confiado regresaba cada mañana, como si quisiera también conocer a la niña.

Laura se lo explicaba a su madre entusiasmada mientras desayunaba, antes de tomar el autobús, que le recogía en su puerta para llevarla a la escuela. Con ternura, su madre le escuchaba, mientras le untaba las tostadas con mantequilla.

Y así un primer día, un segundo... Y así Laura, el cuarto día saludó de nuevo a Piti, su nuevo amigo.

A hurtadillas a la hora de la cena recogidas en un pañuelo, Laura se escondía unas migas de pan, en el bolsillo de su bata para el desayuno de Piti. El gorrión las tomaba rápidamente tras que Laura se retirara de la ventana y ella, era tan feliz cuando despacito se asomaba y comprobaba que las migas ya no estaban.

Se cumplían dos semanas de esa amistad cuando un estruendo despertó por la mañana a la niña. Asustada, se asomó a la ventana y comprobó que en el campo de frente a su casa habían varios hombres, camiones, grúas...

Comenzaba una nueva construcción de viviendas; inmediatamente, Laura, cayó en la cuenta de que Piti no volvería con tanto ruido! y se entristeció. En los días siguientes, el sol seguía colándose lentamente entre las cortinas blancas pero el pajarillo dejó de posarse en el alféizar y Laura no recogía las migas de pan de la cena en el pañuelo.

Contenta, lo había explicado mil veces a sus compañeros de escuela que también a la vez le preguntaban antes de empezar la clase por Piti, si había regresado. Sin embargo a partir del día que irrumpieron los hombres, las máquinas, el ruido, también les relató lo que había sucedido;

ellos, poco a poco dejaron de preguntar a Laura y la veían triste cuando llegaba a la escuela.

Era un ruido cada vez más molesto, obras, excavaciones, cada día a las ocho de la mañana, que no era necesario ni el sol para despertarla, días, meses que tardaron en pasar. También por ello y a su pesar, recordaba a Piti; dónde estaría. Le preguntaba alguna vez a su madre, qué habría sido de él, a lo que le respondía cálidamente a su hija que los pajarillos eran muy listos y que enseguida encontraban lugares mejores, más seguros, más tranquilos, que no se preocupara. Entre sí, Laura, se apenaba porque en otro lugar estaría mejor pero no tendría sus migas de pan del desayuno.

Quizá algún día... con esperanza imaginaba.

El tiempo –dicen- ayuda al olvido pero Laura abría la ventana cada día con el mismo pensar; al cerrarla nuevamente, soltaba un pequeño suspiro y bajaba a desayunar; su madre alguna mañana de soslayo miraba a su hija, comprendiendo que seguía manteniendo ese hermoso anhelo infantil... que su pequeño amigo volviera.

A su regreso cada tarde, las máquinas no estaban funcionando, retomaban su labor por las mañanas. Unos días más tarde a la vuelta del colegio en el autobús, Laura observó sorprendida que en el campo frente a su casa habían desaparecido los camiones, las grúas y tan sólo estaban las viviendas. Y la siguiente mañana el ruido ya había desaparecido. Habían terminado las obras! y las viviendas estaban hechas y ya dispuestas a convertirse en hogares.

Las mañanas recuperaron el silencio de tiempo atrás y el Sol era de nuevo el despertador para Laura, el que que acariciaba cada mañana sus mejillas. Por un instante recordó! se acercó a la ventana... pero Piti no estaba en el alféizar. Laura no consiguió olvidarle y le esperaba cada mañana.

Pasaron los días; el tiempo mejoraba, las mañanas eran cada vez más cálidas, costaba menos despertar. De forma automática, Laura sin pensar se acercó sigilosamente a abrir la ventana...

La noche anterior no recogió las migas de pan de la mesa pero Laura se puso tan contenta. Piti estaba en el alféizar esperando su desayuno de nuevo.

Yakatzá.